

Introducción

Cuando uno está en Nicaragua se observa una paradoja. Por un lado, la historia se mantiene omnipresente en el ámbito público, lo que se refleja, por ejemplo, en el panorama urbano en forma de monumentos, como el del revolucionario Augusto César Sandino, ubicado en la Loma de Tiscapa en Managua, la capital. Varias calles y plazas llevan el nombre de personajes o hechos de la historia de Nicaragua, de América Latina y de otras partes del mundo, mientras que los murales cuentan la historia del país, y sus episodios como, por ejemplo, la Revolución Popular Sandinista (RPS). Según Kunzle (1995, 13), estos murales se pueden considerar como textos historiográficos. También tomar un taxi en Managua es un viaje al pasado vivo. Hablando con los taxistas, se escuchan biografías de personas que se fueron a trabajar durante los años 80 a la República Democrática Alemana, estudiaron en universidades del bloque soviético o lucharon contra el gobierno revolucionario junto a las llamadas Contrás.¹ En múltiples ámbitos se abren diversas temáticas, tanto para los investigadores como para el público en general, para discutir, investigar y reflexionar sobre la historia y el pasado reciente.

Por otro lado, como ha constatado la historiadora nicaragüense Margarita Vannini, ex directora del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA) de la Universidad Centroamericana (UCA) en Managua, en Nicaragua “existe un gran desconocimiento sobre la historia en general, y memorias en conflicto sobre la historia reciente” (Vannini 2012, 74). Existe un paralelismo con situaciones y políticas similares en los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial, o en los países del Cono Sur después del retorno a la democracia durante los años 80 y 90: el silencio, el olvido, el desinterés y la falta de iniciativa por parte del Estado y sus agentes de promover el conocimiento histórico, lo cual facilita un enfrentamiento con el pasado.

1 La mayoría de los autores no definen el término y muchos usan la versión en singular “la Contra”. Sin embargo, para mí esto supone incorrectamente que se trató de solo un grupo que se enfrentó al gobierno del FSLN, pero en realidad existían varios grupos ideológicamente heterogéneos que fueron partidos políticos, milicias y grupos armados. Por esto se usa el término “las Contrás”, como lo aplica también Kruijt (2011, 70), para enfatizar esta heterogeneidad.

En Nicaragua, la historia de la segunda parte del siglo XX está marcada por dos hechos: por un lado, la RPS y el gobierno revolucionario bajo el mandato del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) entre 1979 y 1990; por otro lado, la llamada transición nicaragüense² y el gobierno de la presidenta Violeta Barrios de Chamorro entre 1990 y 1996. Sin duda, ambas décadas transformaron a la sociedad nicaragüense profundamente, aunque de diferentes maneras. Luego de la caída de la dictadura familiar de los Somoza el 19 de julio 1979, el gobierno revolucionario implementó una serie de políticas progresistas que incluyeron reformas sociales y económicas que procuraron incluir a los nicaragüenses en los procesos políticos. Una de las metas fue crear una sociedad más igualitaria y democrática en el marco de un país soberano, como se muestra en el “Programa Histórico del FSLN” (DEPEP 1984).

Desde el principio, la revolución fue percibida por los medios internacionales, y también por políticos, analistas o investigadores, como más que un hecho simbólico acontecido en un país relativamente pequeño que se liberó de una dictadura que había durado más que cuarenta años. En el contexto de la década de 1970, periodo en el que varios países de América Latina (como Argentina, Brasil, Chile o Guatemala) estuvieron gobernados por dictaduras militares, la revolución de Nicaragua se convirtió en una fuente de esperanza para toda la región. Además, generó grupos e iniciativas de solidaridad en varios países del Norte global como, por ejemplo, en la República Federal de Alemania (Helm 2018), Austria (Blecha 2016), los Países Bajos (Van Ommen 2016), Suecia (Camacho Padilla y Ramírez Palacio 2016), incluso se construyeron redes solidarias transnacionales, como en el caso de España y la República Federal de Alemania (Ágreda Portero y Helm 2016). También, al acercarse a nivel internacional al Mo-

2 El término “transición” puede ser problemático porque podría implicar lo siguiente: “[T]he shift from a non-democratic regime type to a democratic one [and] not merely a change of government or a process of liberalization *within* an authoritarian regime” (Barahona de Brito, Aguilar y González-Enríquez 2001, 11; cursivas del original). De esta manera, interpretar los años 1989/1990 como una transición podría sugerir una interpretación de un cambio de un “Gobierno antidemocrático” (el del FSLN) a un “Gobierno democrático” (de la Unión Nacional Opositora; UNO). Pero, como escribe el politólogo argentino Carlos Vilas (1990a, 259), hay que interpretar la revolución tal como la pérdida de las elecciones a favor de Chamorro como un “proceso de democratización en Nicaragua” y que este “no se inició con la convocatoria electoral ni se reduce a ella. Se remonta, ante todo, al triunfo revolucionario de julio de 1979, al desmantelamiento de la dictadura somocista y al establecimiento de amplios canales de participación popular”.

vimiento de Países No Alineados y a países neutrales, el FSLN intentó legitimar y proteger su gobierno revolucionario para no caer en conflictos, por ejemplo, con los Estados Unidos (Vanden 1990).

Sin embargo, ya desde el principio las acciones del FSLN —y después del 19 de julio también sus políticas— provocaron resistencia (violenta y pacífica) y se formó una oposición interna constituida por diferentes actores políticos y sociales que incluyeron redes conservadoras, la Iglesia católica nicaragüense y empresarios o ex soldados de la Guardia Nacional. Además, a causa de las dinámicas de la Guerra Fría³ se desarrolló un conflicto armado entre el gobierno sandinista y las llamadas Contras, que recibieron apoyo y legitimación internacional por parte del gobierno de los Estados Unidos. Este conflicto armado, que causó casi 30 000 muertos, debe entenderse como uno de los varios conflictos de la región centroamericana interconectados de diversas maneras con la participación de distintos actores. El FSLN experimentó una significativa pérdida de popularidad, y sea por factores internos como la implementación del Servicio Militar Patriótico, que según Sergio Ramírez (1999, 269) fue “el elemento más traumático” de la década revolucionaria “y determinó, al final, la derrota electoral del FSLN en 1990” y las políticas nacionalistas del FSLN contra los pueblos indígenas en la Costa Atlántica, o externos como el embargo económico realizado por los Estados Unidos desde el 1 de mayo de 1985. En las elecciones generales de febrero de 1990, ganó la Unión Nacional Opositora (UNO), una coalición de dieciséis partidos opositores al FSLN.

La derrota electoral del FSLN marcó una nueva etapa de la historia contemporánea de Nicaragua. El gobierno de la presidenta Barrios de Chamorro intentó anular muchas de las políticas del FSLN; uno de los objetivos generales de su mandato fue la reconexión del país con los Estados Unidos y sus aliados, junto con la implementación del modelo neoliberal en Nicaragua, controlado por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), que afectaron tanto a la política económica del país como a sus políticas sociales. Sin embargo, uno de los logros de la administración de Barrios de Chamorro fue la desmovilización del Ejército Sandinista que se transformó en el Ejército de Nicaragua, y de los cuerpos

3 La Guerra Fría no se entiende solo como un conflicto entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, sino como una serie de conflictos transnacionales que en su mayoría culminaron en conflictos y guerras en los países del Sur global (Brands 2010; Westad 2007).

militares de las Contras, como también la continuación de los procesos de democratización en Nicaragua (Martí i Puig y Close 2009, 22).⁴

Con los cambios de regímenes y gobiernos, desde la dictadura somocista (1936-1979) hasta el gobierno revolucionario y desde este hasta el gobierno de Barrios de Chamorro, no solo se transformaron los proyectos políticos de la elite gobernadora, sino también “los discursos políticos y los esfuerzos oficiales de buscar la legitimidad de cada proyecto por medio de la construcción de nuevas identidades basadas en la memoria”, como constata Vannini (2013, 65).

Este libro aborda la temática de las narrativas históricas durante la RPS (1979-1989) y el gobierno de Barrios de Chamorro (1990-1996). Se comprenden los vínculos entre la historia y la política mediante el concepto analítico de las políticas de la historia, según el cual diferentes actores sociales luchan para establecer su interpretación de la historia con el fin de legitimar su posición política dentro de la sociedad. Las fuentes de mi trabajo consisten en estudios historiográficos, panfletos políticos, revistas, discursos de políticos y periódicos que fueron analizados por el método del análisis crítico del discurso (ACD).

Ya es ampliamente sabido que la historia se reinterpreta de manera continua, y que la lucha sobre su interpretación es un factor importante en la formación de las sociedades. En el contexto nicaragüense, se pueden citar varios ejemplos que muestran estas batallas por el pasado y sus interpretaciones, como lo son los cambios de nombre de instituciones y espacios públicos durante los diferentes gobiernos y regímenes. Durante la dictadura de los Somoza, el aeropuerto de Managua se llamó Aeropuerto Internacional Las Mercedes. Después de la RPS, pasó a llamarse Aeropuerto Internacional Augusto C. Sandino, en homenaje al revolucionario y héroe nacional Sandino. Durante la década de 1990, se lo renombró Managua International Airport, y desde la reelección del FSLN en 2006, otra vez se llama Aeropuerto Internacional Augusto C. Sandino (O’Shea 2008).

4 Sin embargo, en la Asamblea Nacional y con los votos del FSLN, se aprobó el 10 de marzo 1990 la Ley de Amnistía General y Reconciliación Nacional que concedió “inmunidad a todos los nicaragüenses, residentes o no en el país, que cometieron delitos: contra el orden público y la seguridad, delitos comunes conexos con los primeros, delitos es la persecución e investigación de los hechos, delitos contra la economía del país, en el período desde el 19 de julio 1979 hasta la fecha” que significó la protección de crímenes de actores estatales como paramilitares de la década anterior (Sin autor 1990a, 5).

Otro ejemplo es la plaza central de Managua, alrededor de la cual se ubican algunos de los edificios más importantes de la ciudad, como el Palacio de la Cultura, que antes de 1979 fue el Congreso Nacional, compuesto por las cámaras del Senado y de Diputados, o la antigua catedral de Managua. La plaza también fue renombrada varias veces: primero, en 1979, se bautizó como Plaza de la Revolución; luego, durante el gobierno del alcalde conservador de Managua Arnoldo Alemán (conocido por su conflictiva política antisandinista) se la llamó Plaza de la República, y desde 2007, el presidente Daniel Ortega Saavedra (*1945) del FSLN le cambió el nombre a Plaza del Pueblo, Plaza de la Revolución, Plaza de la Victoria (O'Shea 2008, 110).

El historiador suizo Michael Gobat formuló en un ensayo lo que se refiere a la lucha por la memoria histórica de la RPS. Esta tiene sus orígenes en Nicaragua en la década de los 90, cuando los llamados antisandinistas llegaron al poder y empezaron a aplicar políticas del silencio, del olvido y de la extinción respecto de la historia de la RPS. Como consecuencia, se generaron debates sobre la memoria histórica y sobre la revolución en particular, que no solo fueron expresadas por el nuevo gobierno de Barrios de Chamorro, sino que también se generaron “en el propio seno del movimiento sandinista”, como constató Gobat (2012, 143). Durante los años siguientes, en los cuales el FSLN asumió el rol de oposición política y luego se terminó dividiendo internamente, se dio lugar a debates intensos sobre la historia de la RPS y sobre los años 80 en general. Según Gobat (2012, 143), esto ejemplifica bien “los usos de la memoria histórica” no solo dentro del FSLN, sino también en los debates públicos en Nicaragua. Yo consideraría también los abusos de la memoria por parte del FSLN, pero se podría decir que el punto más importante de las afirmaciones de Gobat es el énfasis en la existencia de una polifonía de voces dentro de un partido como el FSLN. En contraste, en la literatura todavía predomina la idea de que el FSLN fue un bloque hegemónico que concentró estructuralmente las decisiones políticas de la década de 1980 en la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional (DNFSLN) y sus nueve comandantes. Esto demuestra la importancia de analizar en forma estructural las luchas por la memoria histórica, que siempre fueron parte de los discursos sobre la historia en Nicaragua.

El factor común entre 1979 y 1990 de ambas décadas fue que la historia fue utilizada como instrumento para legitimar la propia posición política, establecer una interpretación como única o verdadera mientras

que al mismo tiempo niegan u ocultan otras interpretaciones. Cada gobierno presentó una visión histórica diferente del otro, tratando a su vez de establecer su propia narrativa histórica. Entonces, el interrogante central de este trabajo es: ¿cuáles eran las narrativas e imágenes históricas usadas por los gobiernos entre 1979 y 1996? Surge la hipótesis de que desde la mitad del siglo XIX se encuentran tres narrativas en la historia oficial de Nicaragua: la primera corresponde a la imagen de caudillos o prohombres, que tiene su base el siglo XIX.⁵ La segunda se desarrolla alrededor de los mártires, especialmente durante la RPS y en la década de 1990; la tercera se centra en los héroes sin fusil.⁶

Estas imágenes simbólicas, construidas en la historiografía, representan también las diferentes perspectivas respecto a la historia del país, enfocando diferentes sujetos, clases sociales, relaciones de género y poderes, por lo que los caudillos, mártires y héroes sin fusil corresponden a tradiciones historiográficas que en un momento histórico eran las hegemónicas. El propósito principal de este texto consiste en presentar que, según el momento histórico, estas tres versiones dentro de la historiografía de Nicaragua resultan interconectadas con la política y sus actores. Estos últimos buscaban legitimar su respectivo proyecto político particular. De esta manera, el trabajo examina las políticas de la historia que están entendidas como una categoría analítica que intenta estudiar cómo la historia suele utilizarse por los actores políticos para respaldar su posición ideológica en la sociedad. A su vez, promueven sus proyectos hacia un mejor futuro.

El libro se divide en seis partes: en la introducción, presento el interrogante central, el estado de la investigación; reflexiono sobre mi interés en la temática y explico las teorías y el método usado para mi análisis. En el primer capítulo, anterior a la parte empírica, se encuentra un panorama general acerca del desarrollo de la historiografía y la historia como ciencia empírica en Nicaragua. Este capítulo brinda la información básica acerca del contexto histórico sobre el proceso del establecimiento del modelo de Estado nación en Nicaragua y cómo los intelectuales han contribuido en su creación. Además, se muestra, mediante las vidas de los llamados primeros historiadores, cómo las interconexiones entre la política y los historiadores profesionales ya se ven reflejadas desde la segunda mitad del siglo XIX. Trabajaré sobre cómo los historiadores han intentado definir la

5 Ver el capítulo 1: “Historia e historiografía en Nicaragua, siglos XIX y XX”.

6 Considerando los tres ejes, me refiero a las afirmaciones en el texto de Vannini (2013).

historia, y definir y marcar lo que es Nicaragua (o un nicaragüense) y cómo se ha establecido la periodización. El objetivo de este capítulo es mostrar las bases de la historiografía nicaragüense y analizar las temáticas o la actitud constructivista de los intelectuales que se ocupaban de escribir sobre la historia. Los capítulos 2 y 3 conforman la parte empírica, enfocando las narrativas usadas durante la RPS y el gobierno de Barrios de Chamorro entre 1990 hasta 1996. Al final del libro, se resumen los resultados y se presentan sugerencias para posibles trabajos a futuro.

Definiciones y propósito

Es necesario aclarar que la observación de un determinado tiempo revolucionario y posrevolucionario implica tener en cuenta hasta cierto punto determinadas especificidades. En el caso nicaragüense, resaltan en el análisis las batallas por la memoria y por la historia experimentadas en las últimas décadas, y su trascendencia continental.

Cuando se habla de “revolución” en América Latina en el siglo xx frecuentemente se hace referencia a los casos de México (1910),⁷ Bolivia (1952-1964), Cuba (desde 1959) y Nicaragua (1979-1990). En general, se reconoce el impacto de las revoluciones en estos países por las transformaciones fundamentales que afectan a largo plazo a todo el abanico de la sociedad, en aspectos como la forma del gobierno, los actores políticos, las estructuras sociales y la economía local. Lo que además une a estas revoluciones es la existencia de una base ideológica para la legitimación del movimiento revolucionario, el uso de la violencia para alcanzar los cambios deseados y la participación de campesinos en los procesos revolucionarios (Becker 2017, 159-184; DeFronzo 2007, 2; Hobsbawm 1995, 344-371; Wickham-Crowley 1992, 8). No cabe duda entonces de que cada revolución tiene sus particularidades, y que también comparten aspectos comunes. En las palabras del historiador Manfred Kossok (1994, 280-288), estas representan acontecimientos importantes del “ciclo revolucionario en la periferia” en el siglo xx. Pero no quisiera entrar en discusión sobre una posible comparación analítica de los procesos revolucionarios, sino más

7 Mientras existe un cierto consenso sobre el inicio de la revolución en México en 1910, siguen los debates sobre cuándo terminó dicha revolución. Ver Rodríguez Kuri (2016). Especialmente para la revolución mexicana es Womack (1968).

bien me interesa desarrollar la perspectiva regional e histórica en la que se sitúa la revolución en Nicaragua.

Como primera instancia, cabe mencionar el caso guatemalteco en la década de 1950. El proceso reformista en Guatemala fue iniciado, primero, por Juan José Arévalo (1904-1990) y luego, continuado por Jacobo Árbenz Guzmán (1913-1971). Estos implementaron un programa de reformas sociales y político-económicas, entre ellas, la reforma agraria entre 1944 y 1954, a la que Edelberto Torres-Rivas (2015, 36) llamó la “revolución de octubre”. El proceso reformista acabaría siendo derrocado por una alianza entre las elites reaccionarias locales y el gobierno estadounidense, por lo que este evento pasará a ser identificado como punto decisivo en la historia de Centroamérica y de América Latina en general. Como nota Hal Brands, el golpe de Estado en Guatemala contra el gobierno reformista de Árbenz Guzmán eliminó la expectativa que tenían las fuerzas progresistas de lograr una transformación de las realidades políticas, económicas y sociales de forma pacífica (Brands 2010, 16-17). El ejemplo de Guatemala representa la pérdida de la tendencia reformista de la década de 1950 en América Central.

Por otro lado, con la victoria de la Revolución cubana volvió la esperanza a toda América Latina. Esta revolución terminaría por convertirse en un referente fundamental para otros movimientos sociales. Mientras que campesinos, estudiantes y también la clase trabajadora se identificaban con la revolución, sus postulados causaron reacciones en todos los espectros políticos, ya fueran de izquierda o de derecha. Además, la Revolución cubana significó más que la victoria de un proyecto de liberación nacional, ya que también postuló una versión global de la lucha revolucionaria victoriosa en los países del Sur global (Mayer 2008, 148-150).

La trascendencia de la revolución en Cuba fue fundamental para el proceso revolucionario en Nicaragua,⁸ pero pronto se harían evidentes los límites del concepto revolucionario, principalmente representado por la teoría del foco, desarrollada intelectualmente por Ernesto Guevara. En Nicaragua, aunque el FSLN se fundó en el ámbito de la Revolución cubana en 1961, falló el concepto de la guerrilla y el FSLN fue casi erradicado por la Guardia Nacional. En varios estados latinoamericanos, las elites

8 Estoy de acuerdo con Matilde Zimmermann (2000, 9) sobre la importancia de la Revolución cubana para el caso nicaragüense, considerando especialmente el desarrollo ideológico, no solo de Carlos Fonseca, sino en general para los actores políticos y militantes centrales del FSLN.

tradicionales y reaccionarias miraban hacia Cuba, procurando erradicar cualquier movimiento o colectivo inspirado en el marxismo o en el comunismo. Como Hal Brands (2010, 72) escribe: “The Cuban revolution and subsequent guerrilla offensive failed to incite revolution but succeeded in provoking an antirevolutionary response”.

En este contexto, varios gobiernos latinoamericanos aplicaron políticas de seguridad nacional (National Security Doctrine) que fueron llevadas a cabo bajo el discurso de la defensa contra el avance del comunismo. Además de construirse sobre la base de alianzas con gobiernos estadounidenses, las políticas de seguridad nacional aplicadas por gobiernos militares y por elites tuvieron como base ideológica la estigmatización de grupos e individuos de izquierda a los que se identificó como subversivos, la defensa de una moral cristiana, el rechazo de la influencia cultural e ideológica del comunismo y del marxismo, y el mantenimiento del estatus de un sistema político-social desigualitario. Brands concluye que las dictaduras militares, en su cruzada contra el comunismo, pudieron alcanzar una cohesión interna en las sociedades, por ejemplo, estableciendo alianzas con actores de la jerarquía de la Iglesia católica, creando discursivamente un enemigo interno –estudiantes, la izquierda, la teología de la liberación– y advirtiendo la amenaza de un enemigo exterior –por ejemplo, Cuba en cooperación con la Unión Soviética– (Brands 2010, 73-77). La implementación de estas políticas resultó en la década de 1970 en diferentes enfrentamientos de los movimientos revolucionarios y sociales con las fuerzas estatales y represivas a lo largo de América Latina, cuando paso a paso los militares captaron las instituciones de los estados y su administración.

En este contexto histórico tuvo lugar la elección en Chile, que fue ganada por la Unidad Popular, y por la cual Salvador Allende (1908-1973) sería electo como presidente. Nuevamente revivía en toda América Latina la esperanza de un cambio político y social dentro del marco constitucional y democrático. El 11 de septiembre de 1973 esta esperanza terminó con el golpe de Augusto Pinochet Ugarte (1915-2006) y el establecimiento de la dictadura en Chile hasta 1990. Otra vez la ruta del reformismo democrático fue interrumpida. Cuando en 1979 ocurrió la revolución en Nicaragua, las fuerzas progresistas ya habían visto sus esperanzas ser aniquiladas repetidamente desde los tiempos de la victoria de la Revolución cubana. Según Brands, la revolución en Nicaragua fue una de las fases más intensas de la Guerra Fría en América Latina (Brands 2010, 188).

Es decir, que luego del golpe en Guatemala, la Revolución cubana, el golpe en Chile, hasta la llegada de los sandinistas a Managua en julio de 1979, tanto las diferentes fuerzas progresistas en Nicaragua como en general las sociedades latinoamericanas habían experimentado una variedad de conceptos políticos y sociales que buscaban la liberación política y económica, desarrollar sistemas democráticos y construir un futuro más igualitario para la población. Resulta entonces clave resaltar que la revolución en Nicaragua fue profunda y tuvo tanto consecuencias simbólicas como también reales para la región centroamericana y de América Latina.

Es importante destacar brevemente por qué resulta necesario analizar las políticas de la historia de forma oficial o estatal en Nicaragua. Se podría argumentar que en la última década el mayor interés (y también el deber) está centrado en la investigación de las narrativas de los marginalizados, secuestrados, discriminados, exiliados y oprimidos, en suma, las historias no hegemónicas y no oficiales.⁹ Sin embargo, aquí surgen tres consideraciones centrales: primero quisiera aclarar que las narrativas hegemónicas en Nicaragua no son unánimemente aceptadas o no cuestionadas, aunque esto es lo que intentaron imponer los actores políticos. En realidad, cada narrativa oficial es dinámica, sujeta a cambios y se adapta a las diversas demandas sociales y a los cambios que ocurren dentro de un país y frente a los contextos globales. Especialmente en el caso nicaragüense, vemos una multitud de actores sociales, como sindicatos, organizaciones de base, movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales, la Iglesia católica o la Iglesia popular, es decir, actores (a veces) no hegemónicos que cuestionan, cambian e intervienen en los discursos sobre la historia oficial/estatal, y en ocasiones adaptan y reformulan dichos discursos. Respecto al contexto global de los años 80, cuando se observa un resurgimiento de los conflictos de la Guerra Fría en los países del Sur global, las narrativas históricas fueron modificadas y reinterpretadas. Considero la historia oficial/estatal como una narrativa dinámica, especialmente, durante el periodo de observación (1979-1996). Como escribe el historiador austriaco Berthold Molden (2011a, 161), “[p]articularmente en épocas de transición, cuando un sistema de gobierno o/y de sociedad tiene que retirarse y deja sitio a otro –o a un ‘vacío’ temporal– los/las actores/as que empujan hacia el escenario de la acción política invocan una ‘misión histórica’”. Tal dinámica

9 Ver la colección *Memorias de la represión*.

puede observarse en las dos décadas analizadas de las políticas de la historia en Nicaragua.

Segundo, para analizar las narrativas antihegemónicas hay que enfatizar la historia oficial/estatal. En relación con este punto, estoy siguiendo las consideraciones de la socióloga argentina Elizabeth Jelin (2012, 72), quien escribe:

los agentes estatales tienen un papel y un peso central para establecer y elaborar la “historia/memoria oficial”. Se torna necesario centrar la mirada sobre conflictos y disputas en la interpretación y sentido del pasado, y en el proceso por el cual algunos relatos logran desplazar a otros y convertirse en hegemónicos.

Hasta hoy en día falta un estudio que analice las políticas de la historia nicaragüense de estas dos décadas.

Eso lleva a la tercera y última consideración. En general, Centroamérica y especialmente Nicaragua siguen siendo poco estudiadas en lo que se refiere a las temáticas de la memoria y al uso político de la historia. Pareciera que la región centroamericana se quedara todavía, de algún modo, en la periferia científica considerando que la investigación de temáticas como la memoria y las políticas de la historia en los países del Cono Sur –Argentina, Chile, Uruguay y Brasil– dominan hasta un cierto punto en la academia.

En consecuencia, con este trabajo quisiera contribuir con la comunidad académica trascendiendo diversas disciplinas, como la historia, las ciencias políticas o la antropología. El énfasis puesto en el estudio de este periodo, entre 1979 y 1996, también es intencional. Para muchos nicaragüenses, estos tiempos están conectados con sentimientos y recuerdos muy diversos; algunos sienten un gran orgullo de haber sido actores activos en una revolución que significó la derrota de una de las más largas dictaduras de América Latina. Otros se quedaron con traumas causados por la guerra, y los que nacieron posteriormente tratan de reconstruir el pasado desde las historias de sus padres, abuelos o amigos.

Para mí, como austriaco y europeo que escribe sobre Nicaragua, me parece importante antes de entrar en la contextualización de la temática responder algunas preguntas que considero centrales no solo para este trabajo, sino para cualquier investigación académica: cuando estamos investigando sobre la historia, la memoria y las políticas, ¿cómo se posiciona

el investigador?, ¿desde dónde, cómo y sobre todo por qué elegimos una cierta temática que muestra nuestra motivación?

Mi interés por este tema surge de tres acontecimientos: en primer lugar, las conversaciones con mi padre, que trabajó como médico voluntario con un grupo de la solidaridad austriaca con Nicaragua en los años 80. Estas charlas me llevaron a viajar a Nicaragua por primera vez en 2011 y desde entonces, su historia y especialmente su gente me acompañan tanto en mi vida académica como en la personal. En segundo lugar, mis estudios en la Universidad de Granada (España) como estudiante del programa Erasmus, donde comencé el largo camino del aprendizaje y capacitación en la lengua española, y donde adquirí la base de mis conocimientos académicos sobre la historia de América Latina. Por último, los seminarios de Berthold Molden de los que participé en la Universidad de Viena, que me han introducido en las temáticas de la memoria y las políticas de la historia, y su enfoque en la región centroamericana.

Podría decir con seguridad que estos tres hechos son la respuesta a la pregunta de por qué me interesé en Nicaragua. Siempre me pareció importante mencionar estos puntos, no solo para explicarles a mis conocidos nicaragüenses de dónde se origina mi interés en su país. Tenemos que ser además conscientes de que siempre hablamos desde un punto de vista que incluye ciertos filtros, ya sean culturales (por ejemplo, pertenencia, religión o creencia), políticos (afiliación) o sociales (por ejemplo, de género o sexo). Debido a que el investigador está formado e involucrado en aspectos sociales ejecuta una selección respecto de lo que quiere relatar o no. Así se manifiestan las narrativas e interpretaciones históricas y además cómo hablamos sobre la historia. Entonces, me parece importante señalar que la meta de este trabajo no es identificar la narrativa que se supone relatar la verdad, sino como menciona el historiador alemán Edgar Wolfrum (1999, 18) analizar “cómo, quién, por qué, por cuáles medios, con qué intención y consecuencias se discuten las experiencias del pasado, haciéndolas políticamente relevantes”. En suma, el presente trabajo sigue la perspectiva elaborada por Wolfrum y presenta los contenidos de las narrativas oficiales usadas durante 1979-1996 que implica asimismo lo que no fue relatado. Desde el principio, sus conceptos fueron de gran importancia para mis procesos de autorreflexión, como también lo fueron los diálogos con cole-

gas de diferentes continentes y disciplinas, para no caer en interpretaciones afirmativas o peyorativas de la historia.¹⁰

Edgar Wolfrum (2010, 39) opina que el constante enfrentamiento con la historia es una tarea permanente de las democracias, y Elizabeth Jelin habla de los trabajos de la memoria que son una parte importante de estos procesos. Podemos recurrir, tanto en Europa como en América Latina, a modelos y experiencias que nos ayudan a entender cómo las sociedades construyen sus propias versiones e imágenes de la historia, porque solo con diálogos se puede trascender fronteras geográficas y de disciplinas académicas, contribuyendo a la democratización. Con este trabajo quisiera contribuir a estos procesos de democratización en Nicaragua, especialmente en un momento en el que el pueblo de Nicaragua está luchando nuevamente por su libertad, su dignidad y sus derechos civiles. Pensar en la historia nos puede ayudar a entender el presente en el que vivimos y así construir activamente un futuro más democrático.

Estado de la investigación

Las políticas de la historia como temática científica fueron establecidas durante los últimos veinte años. La mayoría de los estudios en América Latina están conectados con el tema de la memoria, que se desarrolló como un asunto central tanto en las humanidades, como en las ciencias sociales y las naturales. Algunos científicos están criticando el uso excesivo de la temática. Sin embargo, quisiera retomar la noción del filólogo alemán-estadounidense Andreas Huyssen (2000) de que desde los años 80 “un pasado presente” nos ocupa más que “un futuro presente”. Eso capta bien el ambiente que ha predominado en las sociedades latinoamericanas durante más de una década, caracterizado por hablar, escribir, reflexionar sobre su(s) propia(s) historia(s) y cuestionarlas. También en Europa podemos observar que durante los años 80 surgieron en varios países debates sobre el pasado violento, especialmente, sobre la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto como, por ejemplo, en Austria con la llamada *Causa Waldheim* o el *Historikerstreit* en la República Federal de Alemania, ambos en 1986.¹¹

Evidentemente, las experiencias de las dictaduras militares y los regímenes autoritarios junto con el contexto global de la Guerra Fría y los

10 Quisiera agradecer a Ileana Rodríguez que me llamó la atención en este punto.

11 Ver el apartado “Del *memory boom* a las memorias amenazadas”.

enfrentamientos de los bloques han dejados sus huellas hasta el presente. En los países del Cono Sur, como en Argentina, Chile, Brasil o Uruguay, como también en Centroamérica –Guatemala destaca en esta temática en comparación con las otras repúblicas del Istmo (Grandin 2004)–, las políticas de la historia tuvieron un impacto crucial en los procesos de democratización después de décadas de regímenes militares y autoritarios (Barahona de Brito, Aguilar y González-Enríquez 2001, 11-39). Para las sociedades en América Latina, reflexionar y escribir sobre el pasado significa reflexionar sobre sus “venas abiertas” del siglo xx.¹²

La última década del llamado ciclo progresista representado por los gobiernos de centroizquierda, por ejemplo, de los Kirchner en Argentina (2003-2015), Luiz Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil (2003-2016), Fernando Lugo en Paraguay (2008-2012), Hugo Chávez en Venezuela (1999-2013), Evo Morales en Bolivia (2006-2019), Tabaré Vázquez y José Mujica en Uruguay (2005-2020) o Rafael Correa en Ecuador (2007-2017), significaron una nueva fase de debates sobre continuidades y rupturas en la historia de los respectivos países. Esto podría observarse, por ejemplo, en el contexto de las conmemoraciones del bicentenario de las independencias en 2010 y las figuras iconográficas de las independencias latinoamericanas (Rinke, Hinz y Schulze 2011).

En varios países se observaba, en general, una reactivación en el ánimo de debatir sobre la historia. En Argentina, sin ir más lejos, surgió un nuevo “revisionismo histórico”, conocido por las obras populares del historiador argentino Felipe Pigna.¹³ En Nicaragua, la UCA implementó en marzo de 2015 una maestría interdisciplinaria bajo la dirección del IHNCA cuyo objetivo era analizar y sistematizar en forma transdisciplinaria la historia de Nicaragua y Centroamérica. En este caso, una de las metas fue –aparte de lo académico– crear espacios de interacción con diferentes sectores de la sociedad, así como también con la comunidad científica internacional.¹⁴

En este contexto, este capítulo trata de presentar obras y estudios que coinciden con la temática central y que ocupan un lugar esencial en los

12 Solo hay que recordar el acto de apertura del Museo de la Memoria en Buenos Aires en 2010 cuando el entonces presidente argentino Néstor Kirchner (1950-2010) pidió perdón por los crímenes cometidos por las instituciones y actores del Estado argentino durante la dictadura militar (1976-1983).

13 Ver, por ejemplo, los cinco tomos de *Los mitos de la historia argentina* (2004-2013).

14 La maestría está titulada Maestría en Estudios Culturales con énfasis en memoria, cultura, ciudadanía (Rodríguez 2012).

discursos científicos. Los estudios están ordenados en dos niveles: en el primero se presentan trabajos que consideran la temática de las políticas de la historia y de la memoria desde las perspectivas latinoamericana y global.¹⁵ En el segundo se recorren obras publicadas sobre Nicaragua que en los últimos años han tocado la temática según diferentes enfoques y perspectivas disciplinarias. Hay que advertir que no se puede hacer siempre una demarcación totalmente plena entre estos dos niveles. Algunas veces los estudios se entrecruzarán temática o regionalmente.

Una de las autoras más conocidas en las temáticas de la memoria es la ya mencionada socióloga argentina Elizabeth Jelin. En su libro *Los trabajos de la memoria*,¹⁶ Jelin desarrolla de manera teórica y empírica el tema de la memoria y del olvido en América Latina. Para este trabajo, hay tres puntos en la obra de Jelin que resultan importantes: primero, sus reflexiones sobre la memoria colectiva y la problemática del concepto. Según ella, estableciendo la noción de una memoria colectiva, se crea una entidad que a su vez excluye las memorias individuales. Jelin sostiene que no existe una memoria dentro de una sociedad, sino “submemorias” o “historias y narrativas alternativas” que a veces pueden llegar a desarrollarse en una historia o narrativa hegemónica. Así surge la afirmación de una pluralidad de memorias, con énfasis en los diferentes actores sociales de una sociedad y sus varias visiones, experiencias e interpretaciones del pasado. Sin embargo, Jelin (2012, 55-56) no abandona completamente el concepto, diciendo que a la memoria colectiva “se la puede interpretar también en el sentido de memorias compartidas, superpuestas, producto de interacciones múltiples, encuadradas en marcos sociales y en relaciones de poder”. Retomando las ideas del filósofo francés Paul Ricœur de su libro *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido* (1999), Jelin (2012, 56) observa así la posibilidad de analizar memorias dominantes, hegemónicas u oficiales. Estas reflexiones son importantes para esta investigación porque se concentra también en la construcción de una historiografía dominante que forma parte de la memoria colectiva de la sociedad nicaragüense.

El segundo punto es lo político de las narrativas históricas. “Toda narrativa del pasado implica una selección”, escribe Jelin (2012, 62): negando o dejando otras historias y narrativas de lado se considera como un acto político, e inclusive como una verdadera lucha política. Según Jelin

15 La terminología se desarrollará en la parte teórica.

16 La primera edición fue publicada en 2002.

(2012, 63), algunos de los agentes centrales en estos procesos son “historiadores/as e investigadores/as que eligen qué contar, qué representar o qué escribir en un relato”. Ahí, por supuesto, empiezan los debates sobre la historia y sus varias interpretaciones, que incluye siempre una pluralidad de opiniones e interpretaciones y empiezan también las luchas por la representación del pasado. Lo último significa de nuevo la cuestión central, por ejemplo, lo que está contado en un texto o representado por una estatua y lo que se habla o escribe. Jelin (2012, 39-40) lo resume del siguiente modo: “El espacio de la memoria es entonces un espacio de lucha política, y no pocas veces esta lucha es concebida como la lucha ‘contra el olvido’: *recordar para no repetir*”.¹⁷

Tercero, y como ya he mencionado en la introducción, es el énfasis de Jelin en los agentes estatales u oficiales para deconstruir la narrativa hegemónica dentro de una sociedad. Especialmente en tiempos de cambios sociales, como la RPS o la época de la transición a principios de los 90 en Nicaragua, observamos prácticas en cuanto a formar y revindicar nuevas narrativas y una vinculación con el establecimiento de una historia oficial por el lado de agentes estatales. Es decir, construir y manifestar un “gran relato” de la “nación nicaragüense” se observa no solo durante la época revolucionaria y en las primeras décadas de los años 90, sino ya al haberse consumado la independencia centroamericana en 1821.¹⁸

Desenterrar la polifonía de voces, que existen siempre en una sociedad, es la temática central de la antología *Vielstimmige Vergangenheiten. Geschichtspolitik in Lateinamerika* de los historiadores austriacos Berthold Molden y David Mayer (2009a). Escrito para la comunidad académica multilingüe,¹⁹ el libro se concentra en el análisis de las políticas de la historia con un enfoque especial en América Latina y es capital para este trabajo por tres razones: en primer lugar, en la antología se reúnen científicos de diferentes comunidades académicas para presentar el *state of research* sobre las teorías, actores, temáticas relacionadas con las políticas de la historia y su contexto local de América Latina. Esto parece válido, especialmente para superar el eurocentrismo en el contexto de la terminología y la cuestión analítica de las políticas de la historia. Este enfoque ofrece también la

17 Cursiva en el texto original.

18 Elaboraré esto más en detalle en el capítulo 1: “Historia e historiografía en Nicaragua, siglos XIX y XX”.

19 Se encuentran artículos en alemán, inglés y español.

publicación *Memoria y conflicto. Memorias en conflicto. Intercambios metodológicos y teóricos de experiencias locales latinoamericanas* editado por Mónica Contreras Saiz, Tatjana Louis y Stefan Rinke (2016). En segundo lugar, las políticas de la historia, como término, es adaptado de forma amplia, y significa que los autores de la antología coinciden en sus contribuciones en el sentido analítico de que las políticas de la historia describen las prácticas de varios actores sociales, como de la sociedad civil, del Estado, etc. Según esta perspectiva, las políticas de la historia deberían de hacer preguntas más que identificar la verdad o alcanzar una supuesta objetividad absoluta acerca de la historia, como constatan Molden y Mayer (2009b, 16-17). En el apartado “Teoría”, elaboraré esto en detalle. Por último, las contribuciones unen el empeño de analizar las diferentes estructuras de poder dentro de las sociedades latinoamericanas. Siempre encontramos varios actores sociales, sean políticos, intelectuales, la Iglesia o diferentes grupos étnicos que intentan posicionarse, legitimarse, establecerse y mantenerse dentro de la sociedad en el presente. Las políticas de la historia intentan identificar las interconexiones entre la historia y los conflictos y las relaciones del poder actual (Molden y Mayer 2009b, 19).

Dos monografías que aplican de manera conceptual y analítica las políticas de historia a casos latinoamericanos son *Políticas sobre la historia en Guatemala. Historiografía, justicia de posguerra y resarcimiento (1996-2005)* de Berthold Molden (2014) y *Argentina's Partisan Past: Nationalism and the Politics of History* de Michael Goebel (2011). El trabajo de Molden se basa en tres ejes centrales de las políticas de la historia: la historiografía, la justicia y la democratización de una sociedad de posguerra; el libro desarrolla el debate público sobre el pasado violento de Guatemala. Goebel analiza las interconexiones del nacionalismo y las políticas de la historia en Argentina en el siglo XX. Ambos estudios comparten varios puntos: el primero es que muestran el factor movilizador (dinámico) de las políticas de la historia y cómo este sirve a diferentes actores de la sociedad, tanto políticos, empresarios o la sociedad civil, para comunicar sus interpretaciones hacia el pueblo. Molden, por ejemplo, detecta en su libro cuáles son los intereses particulares de varios sectores que se manifiestan cuando estos discuten y debaten sobre la historia. De esta manera, cuando testigos de la época –como en el caso de Molden– como los historiadores (como una elite intelectual con poder simbólico) se expresan en público entran en la esfera política, y así se enfrentan con otros sectores de la sociedad. El segundo es que ambos destacan la importancia de incluir en un análisis las corrientes historiográficas

establecidas durante el siglo XIX (como desarrolla Goebel el caso argentino mediante el “mitrismo”) para entender las narrativas en el siglo XX. Finalmente, las obras de Goebel y Molden evidencian de forma excelente cómo las políticas de la historia como concepto analítico funcionan en un estudio empírico, aunque existen también diferencias entre los dos trabajos. El trabajo de Molden está situado en Guatemala, un país con una población indígena relevante, mientras Argentina, en comparación, se constituye étnicamente —por lo general— uniforme. A su vez, la cercanía de Guatemala a los Estados Unidos es un factor clave de la historia del país, como también el desarrollo económico diferente de Argentina durante los siglos XIX y XX.

Hoy en día, las políticas de la historia no son analizadas solo en el marco nacional de un país, sino también en el marco transnacional y global. En los últimos años, varias publicaciones se ocupan de desenterrar las conexiones transnacionales de prácticas conmemorativas y las políticas de la historia como, por ejemplo, las ya mencionadas antologías de Contreras Saiz, Louis y Rinke (2016) y de Molden y Mayer (2009a). Por sus enfoques relacionados con el tema central, los artículos de Molden (2011b) y Buchenhorst (2011) son cruciales para este trabajo. David Mayer (2009) analiza la conexión entre los ejes del poder político (hegemonía) y la historiografía y Stefan Rinke (2016), la relación entre la historia y la memoria. De las publicaciones recientes que han aplicado conceptos teóricos y metodológicos de los estudios de memoria a través del Atlántico, quisiera mencionar el libro *Umkämpfte Erinnerungen. Die Bedeutung lateinamerikanischer Erfahrungen für die spanische Geschichtspolitik nach Franco* de Nina Elsemann (2011). Ella apunta no solo a las transferencias conceptuales y experiencias de Argentina en la década que siguió a la dictadura militar (1976-1983) para los debates sobre el régimen dictatorial de Francisco Franco en España, sino que también presenta la dimensión global de las políticas de la historia. Asimismo, los editores de la antología *Erinnerung schreibt Geschichte. Lateinamerika und Europa im Kontext transnationaler Verflechtungen* escriben que los debates y discursos sobre el pasado no se encajan exclusivamente en el marco de lo nacional (o del Estado nacional), “sino están influenciados por las dinámicas y las condiciones globales”, enfatizando la necesidad de ampliar la perspectiva a lo global (Luther *et al.* 2011, 7).²⁰

20 Entre Alemania y Argentina existen varias iniciativas y proyectos alrededor de la temática de la memoria y de la conmemoración. En este contexto se puede mencionar el libro de Birle, Gryglewski y Schindel (2009).

A pesar de que las publicaciones mencionadas reflejan la diversidad espacial, teórica y metodológica, aún sigue faltando un estudio sobre la relación entre la historia y la política de Nicaragua. Sin embargo, se puede afirmar que la distancia temporal de los eventos de los años 1980 y 1990 como una nueva generación (de investigadoras) tanto nicaragüenses como internacionales promueven –en el sentido de Elizabeth Jelin– los trabajos de la memoria y la investigación científica de la historia nicaragüense y la región centroamericana en general con la formulación de cuestiones nuevas, incluyendo perspectivas distintas, es decir, transdisciplinarias. En este contexto, la implementación de una maestría interdisciplinaria en marzo de 2015 bajo la dirección del IHNCA. Debates actuales sobre las violaciones de los derechos humanos durante los años 80 y demandas por una comisión de la verdad en Nicaragua, que analizó Núñez de Escorcia (2014), dejan ver, además, el interés público en la historia reciente. Sin embargo, teniendo en cuenta la afirmación de Vannini de la introducción sobre el desinterés sobre la propia historia, el filósofo nicaragüense José Luis Rocha reclama también que se necesita una reflexión crítica de la historia reciente de Nicaragua constatando que “nuevas lecturas, esclarecimientos y atalayas del conocimiento [...] permitan una visión con perspectivas más panorámicas” (Rocha 2013, s.p.). Algunas de las publicaciones recientes encajan en esta demanda.

Entre las diversas temáticas, resulta importante mencionar los enfoques hacia actores estructuralmente marginados y poco estudiados en las ciencias sociales como, por ejemplo, la herencia africana en la historia centroamericana (Cáceres Gómez 2008a y b) y en el caso nicaragüense (Hooker 2005), el rol de las mujeres en la sociedad nicaragüense (González-Rivera 2011), estudios sobre los campesinos en la época pre y post sandinista (Delgado Aburto 2014), nuevas perspectivas hacia la temática de las Contras (Agudelo Builes 2017), la justicia transicional (Bothmann 2015), reflexiones generales de la historia de Nicaragua durante los siglos XIX y XX (Walker y Wade 2017; Walker 1990). Del mismo modo, algunos análisis –recientes o más viejos– sobre el sandinismo y la época sandinista (Martí i Puig 2009 y 2002; Pérez-Baltodano 2008 y 2013; Gobat 2012; Zimmermann 2000; Nolan 1988; Palmer 1988), nuevas biografías de actores políticos claves para la historia de Nicaragua del siglo XX, como Sandino (Wunderlich 2010) o Carlos Fonseca (Zimmermann 2000) y estudios subalternos que incluyen teorías poscoloniales (Rodríguez 2011). Finalmente, quisiera mencionar dos artículos en los que los autores mues-

tran las dinámicas de la memoria colectiva y elementos centrales de dicha memoria que cambiaron según los contextos sociales y políticos. Hilary Francis (2012) muestra esto en el uso y la negación de la figura de Leonel Rugama, un poeta nicaragüense revolucionario que murió en combate con la Guardia Nacional, y el ya mencionado ejemplo de los cambios de nombre del aeropuerto de Managua del análisis de O'Shea (2008).

La distancia temporal de los eventos de las décadas de 1980 y 1990 genera también la publicación de varias colecciones de memorias, muchas veces de personas conocidas y populares de la revolución y la política general. Esta categoría literaria no es nueva en el contexto nicaragüense, solo hay que recordar los libros de Omar Cabezas (1982) o de Germán Pomares Ordóñez (1989), y que el último es uno de los fundadores del FSLN. Publicaciones recientes de esta línea son las memorias del poeta y ministro de Cultura entre 1979 y 1987 Ernesto Cardenal (1999, 2001, 2002 y 2004) y de su hermano y ministro de Educación entre 1984-1990 Fernando Cardenal (2009), el vicepresidente entre 1985 y 1990 Sergio Ramírez (1999), Humberto Ortega Saavedra (2004), ministro de Defensa entre 1979 y 1995, la autobiografía *El país bajo mi piel, memorias de amor y de guerra* de Gioconda Belli (2001) y las memorias de Violeta Barrios de Chamorro,²¹ presidenta entre 1990 y 1996. Además, la excomandante guerrillera del FSLN, política e intelectual Mónica Baltodano (2010a, b, c y 2012) coordinó y publicó la tetralogía *Memorias de la lucha sandinista*, una historia oral de la lucha contra la dictadura de los Somoza. Lamentablemente, esta colección no incluye un análisis académico profundo ni una mayor contextualización de los hechos, eventos y personajes que fueron entrevistados. La serie muchas veces no mira más allá de los relatos gloriosos de la revolución y no intenta promover la desmitificación de la época sandinista. Sin embargo, la serie incluye ciertas voces de abajo como, por ejemplo, mujeres en la lucha (en Tomo III). En contraste, Gema D. Palazón Sáez (2010) analiza en su libro la literatura testimonial de la Revolución Sandinista, enfatizándola como una “central actividad intelectual” de Nicaragua.

También aquí quisiera explicar brevemente el contexto de las letras y su uso. Desde el principio, decidí no incluir tales referencias, es decir, tipos de textos como poemas, novelas, cuentos o testimonios (Rueda Estrada 2009). Como voy a detallar el tema en los apartados “Teoría”, “Metodología” y

21 La serie *Memorias de mi gobierno* consiste en un total de cuatro tomos.